

Dentro del tabernáculo sagrado,
Pan á los ojos, á la fé Dios vivo.

¡Ea! Humanos, gustad esa dulzura,
Creed de Dios en ese amor sublime,
Dios que en Cruz dolorosa nos redime,
Y hecho manjar nos muestra su ternura.

De este Pan, de esta Cruz, anuncio dieron
Profetas y figuras y señales,
Y Dios dejóse ver de los mortales,
En Cristo esos anuncios se cumplieron.

Dios nos ama, en su Verbo nos bendijo;
Este es nuestra salud, paz y reposo,
De un corazón tan manso y amoroso
Cual madre no lo ha para su hijo.

Venid, con himnos de alabanza y gloria
Al Corazón de Cristo en holocausto
Ofrezcamos el nuestro en día fausto;
De grande honor, de plácida memoria.

Es, este día, de solemne fiesta:
Para salvarnos en angustia horrible,
Del buen Pastor al corazón sensible
A ofrecer Pedro su rebaño apresta.

Si el Santo corazón que el cielo adora,
Reina por fin sobre su amada gente;
Dios moverá su brazo omnipotente
Y al impío herirá que nos devora.

Cantaremos entonces nuevo canto
A Aquel cuya bondad como el sol brilla,
Que al pobre ensalza y al soberbio humilla.
Al Dios de caridad tres veces santo.

México, 8 de Diciembre de 1875.

POR FIN, YA.

(A DIOS.)

Por fin; aquí me tienes;
Dios mío, ya no quiero
Ni un día de tardanza
poner á tu amistad;
Ni un día más. ¡Qué es esto;
oh amigo verdadero,
Oh mi hermano, oh mi padre,
que no te doy entero
Mi amor y mi cariño
con plena voluntad!

Basta ya de flaquezas,
 de ceguedad culpable;
 ¿Qué no miro, Dios Santo,
 mi Señor y mi Rey,
 Que eres sin fin hermoso,
 que eres sin fin amable,
 Que sobre toda dicha
 es la dicha inefable
 De guardar sin reserva,
 de amar tu santa ley?

Y más que, Tú, tan grande,
 tan rico y poderoso,
 De nadie necesitas;
 ¿qué tienes Tú de mí?
 Amas porque eres bueno,
 clemente y piadoso,
 Por eso de vergüenza
 me siento que reboso,
 Tarde á ofrecer viniendo
 todo mi amor á Tí.

¡Ah! quién me diera verte
 con esa luz que deja
 Por siempre herida el alma
 de amorosa pasión;
 Por eso á Tí, Dios bueno,
 alzo mi humilde queja;

Amarte mucho quiero;
 mas de ese bien me aleja
 De los sentidos débiles
 la mísera ilusión.

¡Ah! Señor, si quisieras,
 de un Pecador harías
 Un santo que á tu nombre
 le diese honor y prez;
 De pecadores, santos,
 haces todos los días;
 Tú, más y más lavando
 todas las culpas mías,
 A un grande amor alzaras
 mi humilde pequeñez.

Y acuérdome de justos
 que reinan en la Altura,
 Que mucho tiempo hubieron
 rebelde el corazón;
 De Agustín y Teresa
 me acuerdo con ternura;
 Si soy lo que ellos fueron,
 exclamo en mi tristura,
 ¿Por qué, si Dios lo quiere,
 no he de ser lo que son?

Mas yo ningunos bienes
 en esta vida quiero,

Sólo de Ti, bien mío,
 pido su fuego y luz,
 A fin de conocerte,
 Dios vivo y verdadero,
 A fin de amarte tanto
 con un amor sincero
 Que solo halle mi gloria
 de tu Cristo en la cruz.

¡Ah! quién le diese al mísero
 amarte cual debiera,
 A Ti cuyos emblemas
 de hermosura y bondad,
 Son ese sol espléndido
 que ilumina la esfera,
 Y la azucena cándida
 que reina en la pradera,
 Y aqueso cielo límpido
 de dulce majestad.

A Ti que eres la fuente
 clara de nuestros bienes,
 El aura cuyo bálsamo,
 alienta el corazón,
 El ave cuyos hijos
 solícito mantienes,
 El cordero inocente
 que en paz al mundo vienes
 Y del orbe á los crímenes
 consigues el perdón;

A Ti que te alzas víctima,
 santa propiciatoria,
 En esa cruz clavado,
 símbolo de piedad;
 Que en el banquete místico
 consagras la memoria
 De aquel amor sin límites
 en que cifras tu gloria,
 Pues de tu gloria es título
 ser Dios de caridad.

¡Ah! quién me diera un cántico
 en que decir ferviente,
 Cristo mío, la dicha
 de tu amor y tu luz,
 En que decir los goces
 del pobre delincuente
 Que se abraza contigo
 del madero pendiente,
 Agradecido náufrago
 salvado por tu cruz.

Nada sé, nada siento,
 nada te amo, Dios bueno;
 ¡Para amarte quisiera
 tanto saber de Ti!
 ¿Quién cruzó de tus ciencias
 el infinito seno,
 Que el pecho no sintiera
 de tus amores lleno,

El alma enloquecida
de santo frenesí?

—
¡Oh! mi saber es vano,
mis afectos tibieza,
Condénanme mis obras,
es mucho mi pecar;
¡Dáme, dáme, rey mío,
conforme á tu largueza,
La luz con que descubra
de tu amor la grandeza,
El fuego con que férvido
te quiero siempre amar!

—
¡Dáme, dáme, mi Cristo,
ese saber ansiado,
Ese amor porque triste
suspira el corazón,
Aquella ciencia altísima
y amor afortunado,
Ciencia y amor de Cristo
y éste crucificado!
¿No me querrás, buen Padre,
conceder ese dón?

—
¡Qué gloria si rendido
del Crisío á la ternura
Fuere de esos que todo
lo dejaron por Ell

¡Oh! cuál veréme entónces
colmado de ventura;
De Dios me será dada
la posesión segura,
Veré la luz del alma,
el gozo de Israel.

—
¿Quién mi tesoro entonces
arrancarme podría?
¿Qué temor ó esperanza
pudiérame tentar?
¿Cuál dolor ó tormento,
qué placer ó alegría,
Qué beldad sobrehumana
de excelsa gerarquía
Me hiciera del Dios único
el amor olvidar?

—
Con Cristo cuán hermosas
de esta vida las horas,
Las horas de contento,
las horas de dolor;
Con Él, ¡cuánto me inspiran
las ondas bramadoras,
O el cielo azul espléndido
de estrellas brilladoras,
O el lóbrego desierto,
ó el bosque con su horror,

Con El, qué dulce y plácida
 la vega de azucenas,
 De rosas y jazmines
 qué oloroso el pensil.
 Sin El, todas las cosas
 están de tedio llenas
 Y no hay solaz ni alivio
 de esta vida á las penas,
 Ni encanto, ni misterio,
 ni fuego juvenil.

¡Dáme, dáme, Dios bueno,
 de tu amor el tesoro!
 ¿Hasta cuándo infelice
 vago del mal en pos?
 Yo, pobre delincuente
 tu alta piedad imploro;
 Tú eres beldad eterna,
 la beldad por quien lloro;
 Serví á dioses ajenos;
 cual Tú no hay otro Dios.

Al fin, aquí me tienes;
 no me mires airado;
 Mirame sí, cual miras
 á quien tu amor le das.
 De hoy más, amarte siempre
 ante el cielo he jurado;

¡Amarte, cual tus santos
 te aman, fuérame dado!
 ¡Oh Dios, lo espero: un santo,
 de un pecador, harás!

México Junio 4 de 1876

EL CIELO DE OCTUBRE.

SONETO.

Ese azul de magnífica hermosura
 Que al mirarlo, ya alegre, ya entristece,
 Cuando en Octubre límpido aparece
 Y el aura sopla sosegada y pura,
 «Cuánto—háceme exclamar—mi suerte es dura
 ¡Oh cielo, cuál mi espíritu padece!»
 Pues luego en él ese delirio crece
 Por no sé qué idéal de mi ternura.
 ¿Habré de estar siempre ávido y sediento
 De bien y amor en triste desvarío?
 ¿Nunca ese anhelo quedará contento
De un no sé qué por cuyo goce ansío,
 Que no comprendo y sin embargo siento?
 ¡Ah!..... ¡Tú lo tienes!..... ¡Dámelo, Dios mío!

Morelia, Septiembre 1863.